Interpretando Huellas

Arqueología, Etnohistoria y Etnografía de los Andes y sus Tierras Bajas

María de los Angeles Muñoz

Editora

INTERPRETANDO HUELLAS

Arqueología, Etnohistoria y Etnografía de los Andes y sus Tierras Bajas

Cochabamba, Bolivia

2018

Grupo Editorial Kipus

María de los Angeles Muñoz Collazos (editora)
Interpretando Huellas: Arqueología, Etnohistoria y Etnografía de los Andes y sus Tierras Bajas, 2018.
748 p. il. ; 21 x 29,7 cm. – (Cochabamba, Bolivia: Octubre, 2018)

1. Arqueología – 2. Etnohistoria – 3. Etnografía – 4. Andes – 5. Amazonía –.

INTERPRETANDO HUELLAS. Arqueología, Etnohistoria y Etnografía de los Andes y sus Tierras Bajas es una publicación del Instituto de Investigaciones Antropológicas y Museo Arqueológico de la Universidad Mayor de San Simón INIAM-UMSS.

Primera edición, octubre 2018. *500 ejemplares.*

© Grupo Editorial Kipus
Calle Hamiraya Nº 127 casi Heroínas, Cochabamba – Bolivia.
Telfs./Fax.: (591– 4) 4731074 – 4582716
E-mail: ventas@editorialkipus.com
Página web: www.editorialkipus.com

© INIAM-UMSS María de los Angeles Muñoz

Edición: María de los Angeles Muñoz Collazos
Diseño y diagramación: Fundación Simón I. Patiño / Eugenio Chávez Huanca
Tapa y contratapa: Luis Yuricevic
Imágenes de tapa: Vasija cerámica INIAM-UMSS, foto María de los Angeles Muñoz
Guerrero Macha, foto Tristan Platt
Mujeres de San Ignacio de Moxos, fotos Fernando Machicao, Bernardo Mercado
Documento, Archivo Histórico Municipal de Cochabamba

Esta obra está protegida bajo la Ley 1322 de Derechos de Autor y está prohibida su reproducción y difusión bajo cualquier medio, sea digital, analógico, magnético u óptico de cualquiera de sus páginas sin permiso de los titulares de los derechos.

D.L. 2-1-2938-18
ISBN: 978-99974-12-34-8

Impreso en Grupo Editorial "Kipus" Telfs.: 4116196 – 4237448
Cochabamba-Bolivia
Printed in Bolivia

In Memoriam

Teresa Gisbert
Ana María Lorandi
María Rostworowski
Tom Zuidema
Rodolfo Raffino

CONTENIDO

PRIMERA PARTE

CUESTIONES TEÓRICAS Y METODOLÓGICAS EN LA INTERPRETACIÓN ARQUEOLÓGICA Y ETNOHISTÓRICA

Presentación
María de los Angeles Muñoz e Isabelle Combès

Capítulo 1. Interpretación interdisciplinaria para el sitio arqueológico Sequía Vieja en los Bañados de Añatuya y el pueblo de indios y curato de Lasco (Santiago del Estero, Argentina) — 15
Constanza Taboada y Judith Farberman

Capítulo 2. Pachacamac: su imagen, funcionamiento y visitantes según la arqueología y la etnohistoria — 33
Izumi Shimada, Rafael Segura, Kelly Knudson, Ken-ichi Shinoda, Mai Takigami y Ursel Wagner

Capítulo 3. Fragmentando el señorío preincaico de Carangas — 51
Juan Villanueva

Capítulo 4. Arqueología y etnohistoria. Encuentros, desencuentros y posibilidades — 69
María de los Angeles Muñoz

Capítulo 5. Reflexiones sobre la filiación arawak de dos áreas culturales en los llanos de Mojos de Bolivia — 89
Carla Jaimes

Capítulo 6. ¿Diversidad étnica del valle alto de Cochabamba durante el Intermedio Tardío? Una aproximación crítica mediante el análisis contextual de la cerámica — 107
Olga Gabelmann

Capítulo 7. Recintos vacíos y/o asentamientos sobrepoblados. Instalaciones incaicas en Bolivia central — 125
János Gyarmati

Capítulo 8. La epopeya de un fracaso: la expedición a los chunchos de Pedro Anzúrez de Camporredondo — 137
Vera Tyuleneva

Capítulo 9. Un asiento minero en el norte de Potosí: San Miguel de Aullagas, entre encuentros y descubrimentos — 149
Pablo Quisbert, Claudia Rivera y Vincent Nicolas

Capítulo 10. Etnohistoria e Historia Andinas. Estado de la cuestión — 167
Waldemar Espinoza

SEGUNDA PARTE

LA TRAMA DEL PAISAJE

Presentación
Mercedes del Río y Martti Pärssinen

Capítulo 11. Marginalidad y pertenencia cultural de las sociedades prehispánicas tarapaqueñas: extra-territorialidad, iconografía y mitos de origen — 189
Mario Rivera

Capítulo 12. ¿Quién es más poderoso que el virrey Toledo? Interpretación de la *marka* a partir de los datos de Carangas - Oruro — 207
Ximena Medinacelli y Pilar Lima

Capítulo 13. La construcción del poder incaico en la Quebrada de Humahuaca (Jujuy, Argentina) — 227
Clarisa Otero, María Beatriz Cremonte y Pablo Adolfo Ochoa

Capítulo 14. Dinámicas regionales, poblaciones y territorios en el valle Calchaquí Medio (Salta, Argentina) durante los siglos XII a mediados del XVII — 247
Verónica Williams y María Cecilia Castellanos

Capítulo 15. Sociedades indígenas sur-andinas en los siglos XVI y XVII. Producción minera y transformación en las estructuras productivas, vías de comunicación y territorialidad (sur de Charcas y norte de la gobernación del Tucumán) — 267
Silvia Palomeque

Capítulo 16. Despedazando lo común: de testimonios orales a títulos escritos — 287
Susan Ramírez

Capítulo 17. "Memoria de las provinçias que conquistó Topa Ynga Yupangui" por Capac Ayllu y la expansión inca hacia la Amazonía: Reciprocidad, alianzas y poder — 305
Martti Pärssinen

Capítulo 18. Los Valles Orientales de Salta (Argentina) durante el Dominio Inca y la Colonia temprana. Territorialidad, diversidad poblacional, interacción e intercambio con la Puna de Jujuy. Una mirada desde la Arqueología y la Etnohistoria — 327
Beatriz Ventura y Florencia Becerra

Capítulo 19. El Puxilí de los ingas, el único ayllu de la nobleza incaica en la Audiencia de Quito — 349
Tamara Estupiñán

Capítulo 20. Buscando a los *cinchecona*: arquitectura funeraria y organización sociopolítica en la región de Jauja durante el periodo Intermedio Tardío — 371
Manuel Perales

Capítulo 21. Dinastías señoriales y transformaciones territoriales entre los Sura de Tapacarí S. XVI-XVII — 391
Mercedes del Río

TERCERA PARTE

CAMBIOS Y TRANSFORMACIONES EN LENGUAJES NO VERBALES ANDINOS

Presentación
José Luis Martínez C.

Capítulo 22. El puquina como lengua de Tiahuanaco — 415
Rodolfo Cerrón-Palomino

Capítulo 23. Diseños cerámicos diaguita pre y post incaicos: interacción entre "tecnologías de encantamiento" y lenguajes semasiográficos — 429
Paola González

Capítulo 24. Los sistemas andinos de comunicación durante los períodos incaico y colonial: el caso de los queros — 447
José Luis Martínez

Capítulo 25. Raywana en su casa: el aspecto ritual de la redistribución andina centro-peruana — 469
Frank Salomon

Capítulo 26. Los "kerus" del socavón — 489
Gerardo Mora y Andrea Goytia

Capítulo 27. Imágenes tejidas del *ukhu pacha*: inquietudes planteadas a los etnohistoriadores y arqueólogos, desde la etnología — 501
Verónica Cereceda

CUARTA PARTE

RECONSTRUYENDO MUNDOS RELIGIOSOS CON HUELLAS ARQUEOLÓGICAS, DOCUMENTALES Y ETNOGRÁFICAS

Presentación
Tristan Platt y Axel Nielsen

Capítulo 28. Asociarse con ollas: el trabajo de materiales en el proyecto inca imperial ——— 525
Tamara Bray

Capítulo 29. Siento, luego existo. La mirada imperial inca en la región de Fiambalá, Tinogasta, Catamarca, Argentina ——— 537
Martin Orgaz y Norma Ratto

Capítulo 30. Reflexiones corográficas a partir de un mapa del siglo XVII del sur de Charcas ——— 551
Pablo Cruz

Capítulo 31. *Chullpas* y sociedad en la historia prehispánica tardía del altiplano sur ——— 569
Axel Nielsen

Capítulo 32. El animismo en los Andes ——— 589
Catherine Allen

Capítulo 33. El adorno de barbilla de los señores altiplánicos como símbolo de continuidad histórica y emblema étnico en los Andes del sur (500-1600 d.C.) ——— 605
Helena Horta

Capítulo 34. "Un *ceque* de la muerte". Milagros, memoria y ruptura en San Bartolomé de Carata, Macha. Siglos XVI-XXI ——— 619
Tristan Platt

Capítulo 35. El aporte de la historia oral a la etnohistoria. El caso de Tinguipaya ——— 657
Vincent Nicolas

Capítulo 36. Narrativas del pasado en el saber del *yatiri* ——— 675
Victoria Castro

Capítulo 37. "La piel que habito". De algunos mecanismos de aparejamientos ontológicos entre humanos y animales en los Andes del sur ——— 695
Thérèse Bouysse-Cassagne con la colaboración de Erwan Duffait

Capítulo 38. El autocanibalismo carroñero: una bisagra entre el canibalismo amazónico y el canibalismo andino ——— 721
Vincent Hirtzel

PRESENTACIÓN GENERAL

El Instituto de Investigaciones Antropológicas y Museo Arqueológico de la Universidad Mayor de San Simón, continuando con el ciclo de publicaciones iniciado en 2011, pone en sus manos esta obra primordial que reúne los más recientes trabajos de los grandes investigadores del pasado y presente del área andina y amazonía.

El libro tiene su origen en el "Encuentro Internacional de Arqueología y Etnohistoria en los Andes y Tierras Bajas. Dilemas y miradas complementarias", llevado a cabo en Cochabamba en agosto de 2015 en homenaje a Teresa Gisbert, Verónica Cereceda y Waldemar Espinoza y ha recorrido un largo camino de evaluación por pares académicos, revisión y edición, hasta hoy que queda a disposición del lector.

Se trata de un volumen que a tiempo de ser inter y multidisciplinario por naturaleza, reflexiona sobre la colaboración y complementariedad entre disciplinas antropológicas, de una manera diacrónica, dialógica y multicontextual que refleja el dinamismo de nuestras sociedades. Elude mitos que atribuyen transformaciones únicamente a partir del contacto con los españoles, denostando más bien gran experiencia de negociación y relación con sistemas de pensamiento y de comunicación distintos a los propios.

En este original esfuerzo interdisciplinario que supera antiguas dicotomías entre materiales arqueológicos sin voz, fuentes documentales y etnografía actual, con sustanciosa información combinada, se entrecruzan factores territoriales, socioculturales, económicos, políticos y simbólicos, que muestran la utilidad de esa mirada y dan cuenta del enriquecimiento de nuestra visión del pasado y presente, logrando una perspectiva más integral y rica del acontecer de la región. Al narrar una historia de larga duración desde tiempos prehispánicos hasta la actualidad a partir de enfoques más locales y transversales, percibimos transformaciones, continuidades, rupturas, procesos creativos, etnogénesis, que abren nuevos rumbos y diferentes preguntas para futuras investigaciones.

Precisamente en lo local está lo diverso y este libro va interpretando las huellas desde esas localidades, rastreando sistemas de organización y representación locales y agentes diversos que hoy salen a la luz gracias a las investigaciones, descifrando diversos niveles de significación y cuestionando lo establecido. Deja la voz directamente a los protagonistas de los hechos, con sus propias construcciones de sentido, memorias, olvidos, resignificaciones y reintegraciones. Supera la occidental separación mente y cuerpo; aborda aspectos no materiales, invisibles, espirituales, desentrañando al sujeto y su experiencia sensible y por supuesto, con el flujo natural entre lo humano, lo animal, lo cultural y lo natural, lo sagrado y mágico, lo consustancial, la agencialidad de seres y materias, demostrando el conocimiento de las prácticas y experiencias religiosas de los pueblos andinos y amazónicos. Devela la estructuración de los paisajes simbólicos, con *chullpas* y huacas no solo como espacios de veneración sino como mediadores y marcadores de espacios sociales, como soporte de la memoria colectiva e indisolubles de la vida, construcción y reproducción social, revelando aquellos principios que subyacen a una visión animista del universo, mitos de origen y el ordenamiento del mundo.

Presentes están los territorios, el espacio también en sus aspectos geográficos y de relaciones humanas, los modos de operar sobre él de identidades y memorias colectivas, desdibujando y traspasando fronteras físicas o simbólicas; reflejando las maneras de construir lo comunitario y sus representaciones en tanto escenarios políticos y de poder, con sus propios cuestionamientos al poder y sus materialidades y donde el comensalismo social y político no están ausentes.

Es un libro que no soslaya críticas, autocríticas o los problemas de la antropología. Se trata, en todo caso, de preguntarse qué nos pueden decir las sociedades andinas y amazónicas acerca de ellas mismas a través de las huellas que nos dejaron, de sus propios sistemas de registro y comunicación.

Todo lo anterior hace de éste un ejemplar único. Los textos y presentaciones reflejan la libertad de cada uno de los autores y su estilo propio. Por razones prácticas se ha uniformado la grafía, preferentemente al castellano, salvo excepciones solicitadas expresamente por los investigadores. Dejamos a su disfrute esta obra de 38 capítulos reunidos en cuatro partes, cada una de las cuales tiene su propia presentación por los académicos suscribientes, por lo cual abundar más aquí, sería redundante.

Va nuestro enorme agradecimiento a Isabelle Combès, por la primera revisión editorial de los artículos y a los pares académicos que los evaluaron; al Centro Pedagógico y Cultural Simón I. Patiño y a su Directora Elizabeth Torres por el apoyo en la diagramación del libro. A Luis Yuricevic por toda su profesional dedicación en las intensas jornadas en que realizamos el trabajo editorial; a María Angela Abela por su paciencia en las correcciones de estilo, y por supuesto el infinito agradecimiento a todos y cada uno de los autores, sin quienes no hubiera sido posible tener en sus manos esta maravillosa obra.

La Editora

PRIMERA PARTE

CUESTIONES TEÓRICAS Y METODOLÓGICAS EN LA INTERPRETACIÓN ARQUEOLÓGICA Y ETNOHISTÓRICA

CAPÍTULO 4

ARQUEOLOGÍA Y ETNOHISTORIA. ENCUENTROS, DESENCUENTROS Y POSIBILIDADES METODOLÓGICAS

María de los Angeles Muñoz[1]

Introducción

La presente comunicación surge ante la necesidad de afinar el acercamiento entre la arqueología y la etnohistoria, debido a que se nota una ausencia o debilidad de datos arqueológicos y una extrapolación casi directa de las fuentes etnohistóricas tempranas a los periodos Intermedio Tardío e Inca. Muchas veces esta interacción sucede sin mayor cuestionamiento al significado de lo que estamos hablando y menos a detenernos a pensar si estaremos hablando de lo mismo o comprendiendo de la misma manera desde ambas perspectivas la realidad social de esos periodos.

Así nuestro interés se centra sobre todo en los periodos de contacto entre el denominado Intermedio Tardío, abarcando cronológicamente aproximadamente entre 1100 y 1538 d.C. y lo inca, así como en el periodo de contacto inca-colonial. Con énfasis en la idea de que el papel de los curacas o caciques ha sido fundamental para la expansión del Imperio Inca y su afianzamiento en algunas zonas, consideramos necesaria una reflexión sobre esta figura, el paisaje político y sobre el uso (o abuso) de fuentes en arqueología, con algunas consideraciones que nos permitan un mejor y más confiable acercamiento entre ambas disciplinas; especialmente con énfasis en lo "local" tan relegado.

Para ello, acudimos a la experiencia de la ocupación inca en Pocona -con especial referencia a Incallajta- y colateralmente a Samaipata.

Antecedentes

El periodo tristemente denominado Intermedio Tardío en arqueología, constituye un misterio en muchas -sino en todas, exceptuando quizás Cochabamba- zonas de Bolivia, habiendo quedado cada vez más como una sigla: el PIT, sin mayor explicación y muchas veces como la bolsa en la que entra todo el material al que no podemos asignar filiación, pero eso sí, muy vinculado o directamente deducido de las fuentes etnohistóricas tempranas.

Se sabe que después de la caída de Tiahuanaco, aproximadamente en 1100 d.C., se da en el altiplano del Titicaca y en todo el contorno del lago, la emergencia de una serie de reinos independientes e incluso muchas veces rivales que han sido conocidos como reinos lacustres, post-tiahuanaco, altiplánicos y aún reinos y señoríos aimaras dada la gran extensión que presentaba esa lengua. Es a partir de documentos del siglo XVI y posteriores que se conoce la existencia de estos reinos y varios otros grupos o etnias (Muñoz 1993).

Saignes (1986: 9) propone "identificar las etnias con las unidades socio-políticas mayores (curacazgos en quechua) que los españoles llamaron, usando un vocablo de la Edad Media europea "señoríos" en el sentido político, "provincias" en lo administrativo o "naciones" en lo cultural…". Según el autor, a varios reinos del Collasuyo, los conquistadores incas les habrían extendido el nombre del primer señorío que se opuso a ellos en su avance hacia el sur (*Ibid*: 10), sugiriendo, que en este caso, el uso del nombre se debe restringir a los habitantes de ese señorío septentrional con respecto al lago.

De los principales grupos mencionados en estos documentos, una visión general nos muestra a collas, lupacas y pacajes en el área nuclear del Collasuyo; al sur tenemos la referencia de la

[1] Investigadora del Instituto de Investigaciones Antropológicas y Museo Arqueológico de la Universidad Mayor de San Simón, INIAM-UMSS.

Confederación Charca (aglutinando a los charcas, chuyes, caracaras y chichas); al oeste de ella los carangas y entre charcas y carangas la presencia de los soras. Por otra parte, al sur del Poopó tenemos a los quillacas, al este del altiplano a quirhuas y yamparas, contándose entre los pueblos periféricos a los callawayas y entre los más antiguos a choquelas, urus y moyos en los valles calientes cerca de Mizque (Gisbert 1988). Todos los grupos mencionados estaban asentados en gran parte de lo que hoy corresponde geográficamente a Bolivia.

Si bien normalmente se los menciona en relación al altiplano, también en los valles de Cochabamba, las fuentes mencionan varios de ellos: chuyes, cotas, sipe-sipes, poconos, la Confederación Charca (charcas, caracaras, chichas y chuyes), carangas, quillacas, soras, urus, condes, pacajes, lupaqas, collas y varios otros menores también mencionados, como los chilques, ica-llungas, torpas, aycamaque y sulcahavi, caracotas, yamparaes, canas y canches.

El área que se menciona para estos grupos no supone necesariamente que se trate de un territorio continuo, sino más bien que su extensión estaría dada por medio de enclaves ecológicos bastante conocidos en los Andes (Murra 1972).

A nivel de arqueología, en Cochabamba, para el Intermedio Tardío, básicamente se cuenta con los estudios de Muñoz (1993) para la zona de los valles Alto y central de Cochabamba y más recientemente para Pocona (Muñoz 2012).

Por otro lado, de fuentes etnohistóricas y arqueológicas tenemos ampliamente reportada la presencia inca en los valles, provincias o centros provinciales denotando en mayor o menor magnitud los esquemas imperiales incas: plazas, *kallankas*, *ushnus*, centros de almacenamiento y todos aquellos elementos que identifican la presencia del Imperio y que son reportados a lo largo y ancho de su extensión por diversos autores, incluyendo la asociación a tambos, caminos, etc., como es el caso de Incallajta y la ocupación inca en Pocona (*Ibid*).

Desarrollo

La expansión del Imperio Inca a los fértiles valles del actual Departamento de Cochabamba, Bolivia se conformó bajo su concepto administrativo de provincia, poniendo en funcionamiento una nueva estructura de relaciones de poder. La ingeniería social practicada y la escala productiva allí desarrollada tuvieron un impacto estructural en todo el aparato estatal inca. El mayor impacto de la presencia inca fue en la zona de los valles circundantes a Pocona, cuya muestra más representativa es precisamente Incallajta (Fig. 1). Allí el Imperio instaló estratégicamente el mayor emplazamiento dedicado a la organización y control de esa parte del territorio, tornándose así el propio monumento en la prueba más fehaciente del poder y la presencia de la cultura inca (*Ibid*). El sitio está ubicado en el Municipio de Pocona y se encuentra emplazado en el cañadón de Machajmarca; tal ubicación lo sitúa cerca de lo que se conocía como la frontera oriental del Imperio Inca.

Un primer acercamiento desde la etnohistoria. De acuerdo a los datos de fuentes etnohistóricas, la presencia inca en Cochabamba se daría aproximadamente entre 1450 y 1532 de nuestra era. Según Pedro Sarmiento de Gamboa, el ingreso a Cochabamba se habría dado en dos momentos, dando cuenta que el nieto de Pachacuti Yupanqui, es decir, Huayna Capac penetró al valle de Cochabamba y lo dotó de *mitimaes*"[2]…Y de allí fue a Pocona a dar orden en aquella frontera y a reedificar una fortaleza que había hecho su padre, el Inca Tupac Yupanqui" (citado en Nordenskiöld 1957: 11) contra los chiriguanos; Cobo (1956: 208) afirma lo mismo y añade que Huayna Capac mudó (a Pocona) los gobernadores, y dejando la orden de cómo habían de vivir y sustentar aquella tierra, de donde se infiere que el ingreso a cargo de Tupac Yupanqui fue principalmente de tipo militar y el segundo bajo su hijo Huayna Capac, de carácter más bien económico.

Un primer acercamiento desde la arqueología. Las investigaciones arqueológicas en Incallajta se han planteado tomando en cuenta que los indicadores de arquitectura monumental del sitio no se restringen a los límites de su emplazamiento, sino que se extienden más allá de ellos, por lo que para

[2] Mano de obra de distintas etnias movilizada –en este caso- por los incas, es decir se trata de *mitimaes* estatales, por contraposición a los *mitimaes* étnicos sugeridos en fuentes etnohistóricas para periodos previos.

la interpretación apropiada del significado de Incallajta, se ha hecho acopio del registro arqueológico fuera del sitio, en la zona de Pocona, considerando los otros sitios incas de los alrededores como una cadena de espacios semióticos co-ocurrentes, como un todo integrado, dando significados de acción social (Muñoz 2012).

A través de ellas, se ha llegado a determinar que el sitio *no es simplemente una fortaleza, ni una frontera*, sino el mayor centro de poder político, administrativo y ceremonial inca, que ha cumplido diversos roles y que responde a un proyecto imperial, con una esfera de acción que abarca prácticamente todo el Collasuyo en lo que hoy toca a Bolivia.

Para determinar la importancia regional de Incallajta se han realizado varios análisis comparativos con los otros sitios incas de la zona. Asimismo se han comparado asentamientos y magnitudes de sitios del Periodo Intermedio Tardío (o periodo anterior a la ocupación inca, es decir antes de 1470 d.C.), con los asentamientos incas, evidenciándose la magnitud de Incallajta respecto tanto a los sitios previos, como a los otros sitios incas. Se realizaron también análisis comparativos de ubicación, tamaño, arquitectura y función primeramente de los sitios incas del área nuclear de Pocona y luego con los sitios incas más importantes de esta parte del Tahuantinsuyo, confirmándose la jerarquía e importancia de Incallajta (*Ibid*).

Es importante en este momento remarcar que respecto al patrón de asentamiento, en el caso de Pocona, ninguno de los sitios incas se encuentra sobre asentamientos previos, el patrón de los sitios del Intermedio Tardío, difiere completamente del patrón inca.

Entre el enorme asentamiento incaico en la zona de Pocona, se tiene hacia el oriente una serie de sitios incas, que siguen lo que indican las crónicas, muchos de ellos, identificados y registrados desde hace más dos décadas por el INIAM; contando entre los importantes con el sitio de La Habana,

Fig. 1. Incallajta. Arriba la *kallanka*. Abajo izquierda la Estructura 24 y derecha el *ushnu*.

la ocupación en Pojo y así hasta la pukara de Pasorapa; las fuentes mencionan claramente el camino que el "Inga" habría seguido hasta el asiento de Sabaypata (Samaipata), pasando por Pojo, Vallegrande, etc. (ruta mencionada en la Relación de Alcaya, en Sanabria 1961). Continuando la ruta, de hecho, la siguiente ocupación inca de magnitud y significado considerable es Samaipata (Fig. 2).

El nombre de Samaipata que figura en las fuentes etnohistóricas como *Sabaypata* (descanso en las alturas), parece provenir de una voz quechua. Si sabemos que el sitio ya estaba habitado muy temprano, previa llegada de los incas, podemos afirmar que el nombre original se ha perdido para siempre. Conocido comúnmente por el nombre de "El Fuerte", se encuentra al oeste de la gran llanura, en lo que anteriormente se consideraba la frontera del Imperio Inca con los pueblos de tierras bajas (guaraníes, con los que a menudo estaban en guerra).

Un primer acercamiento desde la etnohistoria. La primera noticia que se tiene sobre Samaipata, está en la probanza de incas nietos de los conquistadores del Qhapac Ayllu en 1569, que menciona Sabaypata como una de las fortalezas de la expansión inca hacia el oriente (Rowe 1985: 226); fuente confiable pues se trata de información proveniente de *quipus*[3]. En la Relación del Padre Diego Felipe de Alcaya, cura de Mataca (en Sanabria 1961), se relata que el "Inga" envió a un pariente suyo -Guacane- a conquistar los valles cruceños y las llanuras de Grigotá, llegando éste a tierras de dominio chané (por lo cual se ha sugerido que este grupo era originario en el sitio) y estableciendo una alianza con el cacique principal Grigotá. Allí Guacane habría fundado un pequeño reino de frontera entre Collasuyo y Antisuyo, "El Fuerte". Según la fuente, Guacane subió al asiento de Sabaypata donde asentó su Real (lo que es indicativo de la existencia de un asentamiento previo) y habría residido con su corte incluyendo 2000 *mamakunas* o mujeres del sol. Habiendo Guacane hallado la mina de Caypurum, hizo cerca de ella otro "Fuerte" llamado Guanaco Pampa y envió por su hermano Condori al Cusco para que se ocupara de él, de manera que la mina quedara protegida.

Más tarde -dice la fuente-, guaraníes procedentes del Paraguay invadieron Samaipata, mataron a todos los varones incluyendo a Guacane y atacaron Guanaco Pampa, tomaron como rehén a Condori pero al atacar la mina no encontraron nada, pues los mineros anoticiados habían ocultado los tesoros.

Se mencionan varios ataques posteriores por parte de los "chiriguanos" a quienes finalmente llevaron prisioneros al Cusco ante el "Inga", quien los habría sacrificado desnudos en las cumbres de la capital (tal vez de allí el nombre de chiriguanos o "muerto de frío" en quechua).

Un primer acercamiento desde la arqueología. El mito de Samaipata como un sitio inca, surgido a partir de la lectura de las fuentes etnohistóricas, ha sido ampliamente superado: las investigaciones arqueológicas realizadas tanto en la enorme roca esculpida, como en varios sectores alrededor de la misma (Meyers 1998; Muñoz 2007, 2015), demuestran claramente ocupaciones previas a la inca, así como un horizonte de destrucción y una última ocupación colonial, todo lo cual apunta a un importante centro ceremonial y altamente sagrado en diferentes momentos. Sin embargo, los tallados realizados por los habitantes de tierras bajas, así como por los incas, indican al menos dos distintos conceptos religiosos (Fig. 2); de igual manera, las edificaciones expresan un diferente concepto de manejo del paisaje y del espacio revelando su remodelación por los incas (Fig. 2). La ocupación inca afirma un uso que pasa del doméstico, incursión que no está lejos de consideraciones de poder reflejado en algunos elementos. Al mismo tiempo, al poner de relieve la presencia de los habitantes originarios (la otredad para los incas), las investigaciones abren nuevas perspectivas y son clave para intentar empezar a comprender su rol, a través de ciertas relaciones que pueden vislumbrarse en el sitio.

Los intereses del Imperio

Ahora bien, el Imperio tenía bien identificadas las etnias y las especialidades que dominaban las poblaciones originarias (o aquellas que estaban bajo los señores locales) de cada lugar (Millones 1987: 95-96; Stehberg 1995: 31), como en Pocona. Millones (1987: 75) también indica: En algunos casos la expansión incaica había presionado tanto a los nativos que alteró el panorama social de la región. Tal es el caso de Cochabamba , donde migraciones forzadas llegaron a reemplazar a

[3] Sistema incaico de registro en cuerdas.

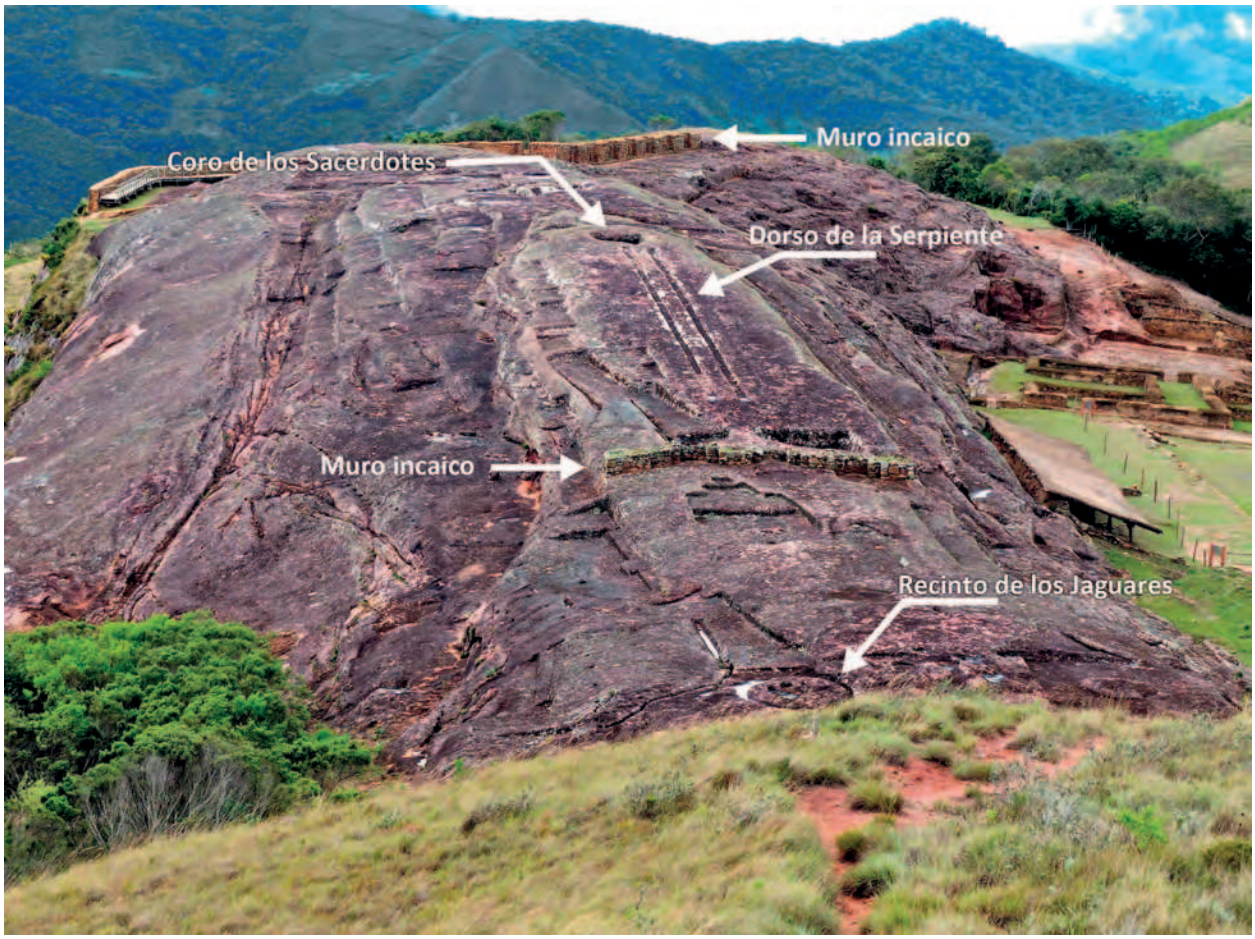

Fig. 2. Samaipata. La roca esculpida y la ocupación inca encima y a la derecha.

los habitantes autóctonos. Más de una vez los incas decidieron desarticular las estructuras políticas que se les opusieron.

En todos los casos, a lo largo y ancho de la extensión del Imperio, el interés de la incursión inca era por recursos, por controlar las redes de intercambio, con distintos grados de control e incorporación y de relaciones con los gobernantes locales; Bolivia no es la excepción, contando con algunas provincias incluyendo Pocona (Muñoz 2012).

Fue indudablemente crucial para el Imperio y sus ambiciones sobre el Collasuyo, el establecimiento de Incallajta en Pocona y toda la ocupación de la zona, por su inmensa productividad y riqueza agrícola en variados recursos reflejada en grandes centros de almacenamiento de diversos productos como el maíz y los recursos de los yungas, especialmente la coca. Asimismo, su ubicación reviste importancia excepcional, ya que está próxima a los valles centrales, a los valles bajos del sur, al piedemonte y como punto intermedio hacia los llanos amazónicos, factores que permitieron el avance inca hacia el oriente y Amazonía. Es por eso que se considera que el emplazamiento de Incallajta tuvo un carácter estratégico único en el Collasuyo y la prueba de ello es, no solamente su localización sino el tipo y magnitud de su infraestructura. Corrobora lo anterior además, que -pese a que en el valle central de Cochabamba se encuentra el mayor centro de almacenamiento de todo el Imperio-, no existe ningún sitio de la magnitud de Incallajta.

Por otra parte y siguiendo a Zecenarro (2001) "Un complejo arquitectónico es distinguido como *waka* por sus propias características intrínsecas, como Qosqo considerada *waka* principal por ser ella misma una deidad y a la vez contener en su seno al inka y a una pléyade de adoratorios". Si se considera que las fuentes mencionan que posiblemente las demás *llajtas* (ciudadelas) fueron hechas a imagen del Cusco, que entraban en su concepción y ubicación (ver también Hyslop 1990: 304; Matos 1994), comparando el plano de Incallajta con el de Cusco, sugieren ser éste el caso de Incallajta,

incluido su posible "adoratorio" o *ushnu* (Fig. 1, abajo derecha) que podría tratarse de la huaca que encontró Del Río (2011) en las fuentes.

En el caso de Pocona, la sociedad inca, construyó su propio modelo del espacio, irrumpiendo en el paisaje previo de sus valles, instalándose estratégicamente en las cimas y cumbres desde donde podía tener todo el control de los valles.

En el caso de Samaipata, el interés estaba especialmente en la mina de Caypurum, al extremo de hacer el nuevo Fuerte de Guanaco Pampa y ponerlo Guacane a cargo y resguardo de su hermano Condori. Si bien Samaipata es un lugar de encuentro por excelencia, entre ecozonas y culturas, no es ajeno a las intenciones hegemónicas, de poder y de ambición del Imperio; al parecer el recurso más preciado de la zona fueron los metales y especialmente la plata. A este punto, es imprescindible referirnos directamente a los curacas o caciques.

El poder y los Curacas, Señores o Caciques

Uno de los rasgos más sobresalientes de un imperio es la incorporación de otras comunidades/estados (más complejos), la capacidad de reorganización de las economías, la capacidad de controlar diversidad cultural y ecozonas, por lo tanto el manejo de su complejidad, incluyendo la tolerancia con las élites locales, al menos en ciertos casos andinos. Esto seguramente debido a que el propio Imperio se sustentaba en los señores locales, con arreglos flexibles; no se debe perder de vista que el trabajo (mano de obra) era la principal fuente de riqueza de los incas y, esta mano de obra dependía de los señores en cada provincia, constituyendo el poder político en su zona y en el momento de la avanzada inca fue a través de ellos que se expresó el poder político del Imperio.

La mayoría, sino todos, eran antiguos gobernantes, o señores locales que conservaron su poder, pero integrado a los intereses del sistema (Raffino 2004: 216), a quienes se les conservaba justamente por haberse sometido (y posteriormente a su gente) al Inca. Desempeñaban las funciones de jefes de ayllu o territoriales. Eran quienes estaban en directo contacto con la (su) comunidad y adquirían muchos privilegios por parte del Inca debido a su fidelidad; muchos fueron recompensados con las mujeres virtuosas o con tierras agrícolas. Existen muchos indicios de las alianzas (y tipos de relaciones) que hicieron estos señores con los incas[4]. Tampoco son raros los reclamos que efectuaron los caciques y sus descendientes ante los españoles, en recuerdo de tiempos del Inca y especialmente aquellos quienes habían sido ascendidos a incas de privilegio.

En referencia a nuestro tema, es importante resaltar aquí, que en varios de los sitios que se reportan en Argentina y Chile, el asentamiento inca se da por encima de poblaciones inmediatamente más tempranas, mientras que en el caso de Pocona, como ya mencionamos, el patrón es completamente diferente y no contamos con superposición inca en ninguno de los lugares investigados; no así en el caso de Samaipata, similar a los primeros; esto seguramente implica paisajes políticos diversos a la llegada inca.

Relación etnohistoria/arqueología

En un afán de atender al llamado de algunos especialistas en etnohistoria y antropología (Saignes 1986: 5) y dada la necesidad existente en el sentido de la colaboración entre estas disciplinas y la arqueología, inicialmente se ha dado una visión general de la configuración de los valles de Cochabamba para el período denominado Intermedio Tardío (Muñoz 1993) y de Incallajta y Samaipata para lo inca, a través del uso combinado de fuentes etnohistóricas y arqueológicas, bajo el supuesto de que la arqueología no comprueba puntualmente los documentos, pero que ambas disciplinas están ligadas desde la gestación de la antropología, donde la arqueología aporta datos a un problema de interés común en un proceso separado por cuestiones académicas y que aunque ambas tratan aspectos y niveles diferentes de un mismo fenómeno social, su forma de relacionarse ha permitido acercarse a las sociedades prehispánicas (Alcina 1988); el problema es cuánto realmente.

[4] Millones 1987: 95-99; Alconini 2010; Rivera 2010; Van Buren y Presta 2010; Lima 2008

En cuanto a su relación con disciplinas como la etnohistoria, la etnoarqueología misma, la etnología, no puede asumirse directamente que los datos arqueológicos dupliquen los datos etnohistóricos, o que la información obtenida de aquella pueda ser directamente extrapolada a las sociedades del pasado, sino más bien la información para estas últimas debe obtenerse de un estudio detallado de cada una de las características de las sociedades para las que exista material arqueológico, solamente así pueden llegarse a conclusiones firmes respecto a ellas.

Los datos etnohistóricos, en este caso tomados como los documentos más cercanos al siglo XVI y los estudios de éstos, pueden proporcionar cierta información más o menos confiable, dependiendo un poco de la fuente que provengan, sobre la forma que tenían sociedades particulares antes del primer contacto con los europeos.

Por su parte, la arqueología tiene acceso a datos que pueden llevarnos al establecimiento del rango de variación cultural existente en estas sociedades antes de la transformación que pudo haber ocasionado la dominación europea (los cambios en el período tardío pueden ser importantes para comprender cómo determinados grupos indígenas respondieron a ese contacto, por ejemplo. Casi no existen documentos que contengan explícitas las opiniones propias de este contacto).

Datos que además se extienden en forma vasta sobre el tiempo y el espacio, así como hacia tipos culturales que no están documentados de otra forma, por lo tanto debe tenerse en cuenta el vital y único papel que juega dentro del contexto de la investigación de la historia pasada, pero concibiendo a la etnohistoria y antropología no sólo como una fuente de datos útiles, sino también como un contexto para la comprensión de dichos datos. En la medida en que la arqueología por naturaleza está comprometida a una perspectiva histórica y que ello sea reconocido por los científicos sociales, podrá reconocerse cada vez más su importancia para el establecimiento de un marco amplio de referencia para los hallazgos de todas las disciplinas (Trigger 1982: 262) nuevamente, el problema es cuánto.

El tema no es tan sencillo; complejizando…

Dado que nuestro particular interés reside en los periodos de contacto (especialmente los más tardíos) y las necesarias continuidades que deberíamos encontrar entre uno y otro, citamos:

> El colonialismo es una sobreposición de sociedades. Esto crea algunas facetas de acoplamiento, o de interfase dirían otros, a través de las cuales se organiza en el largo tiempo la dominación y la explotación. No se trata de una sobreposición total, es decir, que todas las facetas de la sociedad dominante se sobrepongan a todas las facetas de las sociedades dominadas, esto en el breve plazo implicaría una transformación general y, así, la eliminación de las culturas y sociedades conquistadas. Los principales puntos de acoplamiento entre las sociedades conquistadas y el poder colonial se han establecido a través de las estructuras de autoridad de las sociedades conquistadas. Esto ha implicado algunas transformaciones internas a la dinámica de estas sociedades (Tapia 2014: 26).

Seguramente los incas tuvieron la misma lógica que los españoles en tanto colonizadores y en su expansión. ¿Es posible desde la arqueología- detectar esas interfases?

Schreiber (2001:74) remarca la cooptación de los imperios de las creencias sagradas, artefactos o paisajes y su reemplazo o incremento con ideologías imperiales, imponiendo finalmente la religión imperial. Recordemos que los incas no solo se instalaban sobre pueblos ya existentes, sino que integraban por superposición los cultos, sin erradicarlos. ¿Cómo, sin los aportes de la etnohistoria podríamos conocer lo mencionado a partir únicamente de datos arqueológicos?

Para D'Altroy (2001:201) como en otras regiones sometidas al poder de imperios tempranos, con los incas el dominio fue cultural y geográficamente heterogéneo, por la variedad de formas políticas y lenguas encontradas en los Andes. Constituido sobre las bases de formaciones existentes y aplicando selectivamente políticas estandarizadas, el Imperio Inca tuvo éxito en manejar o modelar sociedades que iban desde ciudades acéfalas hasta estados competitivos, buscando un imperio unificado. Nuevamente la pregunta.

Alcock (2001: 327) señala que los monumentos pueden hablar de cambios en las prácticas conmemorativas. La estabilidad o disrupción en el paisaje pueden apuntalar condiciones favorables tanto para la

conservación o pérdida de memorias. Así, monumentos, patrones de asentamiento, organización urbana, santuarios, son buenos indicadores en arqueología, que proveen evidencia para el análisis económico, social y de dimensiones rituales del control imperial y la respuesta de la provincia. Lo importante no es cómo lugares y espacios particulares fueron usados y transformados a través del tiempo, sino ponderar el impacto que tales transformaciones pueden haber tenido en las memorias acomodadas en su interior.

Alcock (2001: 325) indica que en su estado de expansión, los imperios son buenos candidatos de manipulación de memorias, tanto al centro como en la periferia. Nos dice que la arqueología, a través de monumentos y paisajes puede contribuir a la reconstrucción de esos canales secos a través de los cuales la memoria viviente una vez cursó, logrando una reconstrucción de los marcos que guiaron la memoria y lo que sobre ello se organizó. ¿Cómo hacerlo desde la arqueología?

En otro nivel, ¿qué pasa con los caciques o curacas? Seguimos a Ramírez (1987) en el tema de los cambios lentos o rápidos que tuvieron los caciques debido al contacto con los españoles, indicando que en la costa norte de Perú, hubo rapidez en los cambios, especialmente en las primeras cuatro y cinco décadas de la conquista; o sea que la reorganización de Toledo ya habría sido tardía. ¿Cómo desde la arqueología encaramos la continuidad, la rapidez o lentitud de los cambios?

La misma autora indica que el curaca estilo antiguo, aunque obligado a sostener el Estado inca con el trabajo de su gente, cumplía a nivel local una función redistributiva; basando su legitimidad en su habilidad de lograr un buen gobierno, pero su gente lo apoyaba. Por el contrario el curaca nuevo, post-conquista, tendía cada vez más a extraer excedentes para los españoles, perdiendo control sobre aquellos subordinados que vivían a distancia, con lo que fue diluyéndose a los ojos de su gente y perdiendo legitimidad. En la primera mitad del siglo XVI, para la costa norte de Perú y otros lugares, ser jefe o curaca significaba el control de miles de súbditos indígenas y la administración de tierras y recursos naturales para sostenerse a sí mismos, los conocían como "dueños de indios". Tenían poder sobre la vida y muerte de los suyos, como árbitro de la justicia local; poder que ejercía cuidadosamente porque estaba basado en el número de sus súbditos. ¿Cómo sin los registros de archivos etnohistóricos conocer estas pérdidas de control, las diferencias entre funciones, tuiciones, lealtades de los curacas en diferentes momentos? La propia autora sugiere separar el señorío y mando del curaca, su posición y hegemonía, de lo que es la base territorial ya que el cargo de curaca tuvo una dimensión demográfica como una dimensión física de recursos naturales y habrían sido los incas los que delimitaron el dominio de un señor cuando la costa fue incorporada al Imperio.

Otro aspecto a tomar en cuenta en la definición de un curacazgo -indica-, es la importancia de la cantidad de indígenas, esencialmente el curacazgo era gente, sólo después de 1532 el curacazgo se identificó crecientemente con una determinada área de tierra. Un señor no poseía, sino usaba o alquilaba tierra en el área de otros; lo que se ve son grupos subordinados de un señor, algunos usando las tierras y recursos de otro. Si una alianza personal es la característica esencial de un curacazgo, podríamos hablar de un dominio salpicado, no de territorialidad salpicada que debe restringirse a la tierra y otras posesiones de un señor que eran trabajadas por su propia gente. ¿Cómo se observa objetivada la subordinación o alianzas personales?

En nuestro tema

Al inicio, se ha mencionado muy brevemente un primer acercamiento a Incallajta y Pocona desde la arqueología y desde la etnohistoria. Veamos ahora más detalladamente lo que dicen las fuentes, a través de nuestra pregunta: ¿Cuál era el paisaje político antes de la llegada inca y española a la zona? y algunos vacíos que se nos presentan.

El panorama que se nos presenta en Pocona es bastante complejo. Por fuentes etnohistóricas y por la Visita a Pocona en 1567 (Ramírez 1970) sabemos que existían dos caciques principales referidos como Turumaya y Xaraxuri, caciques cotas supremos con sus respectivas parcialidades y sus relaciones ("parentesco") con grupos del piedemonte.

Ahora bien, los caciques no eran neutros. Hemos visto que el trabajo (mano de obra) era la principal fuente de riqueza de los incas y, esta mano de obra dependía de los caciques. Esto no esca-

Fig. 3. Molle Pujru. Plataforma escalonada que remata en una cista.

pa a nuestra zona y aunque abajo volveremos, vale la pena retomar aquí a Meruvia (2000: 149 y 306) cuando menciona que los dos indios dan *"50 yndios que llaman camayos para que cada myta que son tres meses trabajen los 25 enjugar la coca y encestarla e hazer cestos y otros 25 tres meses e todos estos 50 no trabajan en el beneficio de la coca más que en esto* y que*…Yndios de chiguala que habian sido muertos, ellos por orden de Turumaya habian estado cogiendo Coca para sus tassas …*".

Asimismo, tenemos noticias de que los cotas tenían tareas muy distintas: trabajaban en los cocales de los yungas de Chuquioma y luchaban en los ejércitos incaicos, especialmente en la frontera oriental. Los amos ya en la época de la expansión incaica estaban viviendo allí para obtener el cargo de vigilar un puente colgante y de servir de balseros; cabe recordar que estas tareas eran encargadas por los incas, solamente a grupos aliados. Parte de los funcionarios incaicos eran además los rachés -incluso a nivel de la jerarquía de curaca- quienes en la época del Tahuantinsuyo estaban muy ligados al principal grupo étnico de Pocona, los cotas. Al igual que éstos servían de guerreros en la guarnición de Samaypata y como *quri kamayuq* extrajeron y llevaron oro del Antisuyu para entregarlo a (Fernando) Turumaya, entonces kuraka mitmaq de Pocona, quien lo remitía hacia el corte *kapaq* del Cusco" (Schramm 2012).

Además las fuentes reportan *quipucamayoc, cocacamayoc khoricamayoc* y todo tipo de funcionarios especializados. De hecho, una vez conquistada una región, ésta produce bienes para el Imperio, paga tributos e impuestos y fungen como especialistas en el servicio del Imperio y deben crear excedente para mantener la nueva burocracia (Schreiber 1992: 28). Obviamente, los caciques tenían sus retribuciones. Según las fuentes etnohistóricas, los Señores establecidos en la zona, habrían ayudado a construir las fortalezas hacia el piedemonte, y posteriormente muchos de ellos fueron ascendidos a "Incas de privilegio" (Del Río 2004 y 2011) y sus ajuares reportaban sus jerarquías y diferencias étnicas.

Recordemos asimismo, la importancia de la producción de la hoja de coca, que en la época española habría continuado, realizándose a mayor escala aún en el importante y ya existente enclave cocalero en los yungas de Pocona, con su almacenamiento en Tiraque que -según las fuentes- previa llegada inca estuvo a cargo de los caciques cotas y que seguramente los incas mantuvieron por la experiencia (que los incas precisaban) de éstos en el manejo de los cocales en los yungas de Oma "y que habrían continuado (lo que implica que ya se daba y a una escala considerable) los turnos rotativos (mita de la coca)…" (Del Río 2004 y 2011). Lo anterior, implica -como ya lo vimos-, vínculos fronterizos ambivalentes al menos entre las etnias de los valles internos y los grupos del piedemonte amazónico, que apuntan tanto a la asimilación pacífica, a través de alianzas políticas selladas con los señores hereditarios de las etnias regionales, pero también a que debieron enfrentar feroces embates cíclicos con los chiriguanos (*Ibid*). Así, en la zona, se dieron relaciones complejas (muchas veces en tensión y otras en normal desenvolvimiento), implicando "que la frontera incaica no fue simplemente una impenetrable línea militar marcada por fortalezas, sino un borde bastante más amplio, de relaciones complejas, límites difusos y políticamente inestables" (*Ibid*), lo que hace suponer también, que en tiempos de guerra pudo haber funcionado como frontera, pero en tiempos de paz ésta debe haber sido flexible (ver también Schramm 2012 y Meruvia 2000).

¿Cómo distinguir entre los grupos y entre las funciones, provenientes de los datos etnohistóricos? ¿podemos hacerlo desde la arqueología, sin querer forzar la equiparación cerámica-grupo social porque

las fuentes lo dicen? y aún así, no hemos encontrado tal variabilidad estilística y menos el reflejo de funciones. ¿Cómo distinguir los momentos de flexibilidad de las fronteras en un periodo tan corto? ¿Cómo detectar a ambos curacas? (o incluso a tres, pues también rachés están mencionados a nivel de la jerarquía de curaca), porque para ser sinceros, al menos en Bolivia, desde la arqueología no conocemos dónde se encuentran los curacas o señores, ni sus casas, ni prácticamente nada, simplemente los tenemos referidos a *chullpares* y, en las fuentes. Caso excepcional, parece constituir el sitio de Molle Pujru en Pocona, donde se observa la continuidad del patrón de enterramiento desde el Intermedio Tardío, en una tumba escalonada que remata en una cista inca (Fig. 3) única en el área andina.

Finalmente, Xaraxuri había sido capitán "de los Huros" (Schramm 2012) antiguos pobladores de la cuenca altiplánica y que fueron pocos en Cochabamba, probablemente descendientes de *mitmaq* incaicos que la administración del Tahuantinsuyo había trasladado al valle central para servir de balseros, salineros y pescadores. Los mismos rachés en la época precolonial estaban viviendo en el valle de Sacaba, parte del conjunto de los valles cochabambinos, donde antiguamente también residían un gobernador incaico, encargado con la administración del Antisuyo y, a principio del coloniaje los cavis, ayllu de *hurin-cota*. Pero sabemos también que Pocona era una zona multiétnica, no homogénea, donde ya vimos se reportan cotas, chues y en el piedemonte los yumos (¿amos?), raches y yurakarés y, que además varios de estos grupos hicieron alianzas con los más feroces enemigos de los españoles, los chiriguanos; datos que remarcan un relación estrecha entre el mundo andino, representado en antiguas etnias de los chuys y cotas de Mizque, Pojo y Pocona y, grupos del Antisuyo como los yurakarés, amos y rachés. Al parecer, allí habitaban también los indios yamparas, dato que se conoce debido a que éstos habrían vendido sus tierras (Meruvia 2000: 98-99).

Por su parte Turumaya, como se vislumbra arriba, aparece en referencia a Samaipata y con relación al Cusco donde enviaba el oro extraído. Existe la posibilidad de que fuera inca (?) o ascendido por privilegio, no lo sabemos, pero sí tenemos en la Relación de Alcaya, (en Sanabria, 1961), a Turumayo, que fue el capitán enviado por el inca para contrarrestar las irrupciones guaraníes, encontrando la muerte en ello, junto a otro dato curioso de la misma fuente, donde el inca del Cusco otorga el nombre de Turumayo a Lucana natural inga y de su sangre real, que envió como capitán también castigar a los guaraníes.

Volviendo a la complejidad, si retomamos a Schreiber (1992) y las estrategias de relacionamiento que propone, se podría pensar en un sistema local complejo de dos niveles con un solo jefe supremo. Pero aquí tenemos no sólo a los dos jefes supremos, sino también al menos a un raché con el mismo denominativo de curaca y no sería de extrañar que se encuentren otros. Lo anterior no debe nublar la primacía total reflejada en las fuentes para Xaraxuri y Turumaya, por encima de cualquiera de los otros grupos y no queda duda que fue con ellos con los que el Imperio debió negociar el control de la zona, ya que conocemos del total dominio de territorio bastante extenso por los cotas previa la llegada inca, especialmente hacia el Valle Alto cochabambino, así como su experiencia y conocimiento de muchos años en el piedemonte y en los cocales.

Lo anterior para el caso de Pocona, ¿qué sabemos de Samaipata? Al inicio también se ha mencionado muy brevemente un primer acercamiento desde la arqueología y desde la etnohistoria. Veamos ahora más detalladamente lo que dicen las fuentes, a través de nuestra pregunta: ¿Cuál era el panorama político allá antes de la incursión inca? y algunos vacíos que se nos presentan. La principal fuente (Alcaya, en Sanabria 1961) deja pensar que los incas sí ejercieron soberanía y territorialidad, al menos hasta las incursiones guaraníes. Aunque conocemos también que hubo cierta "negociación" y que el inca "llevó gran suma de preseas, de vestidos de cumbe, cocos y medias lunas de plata y escoplos y hachuelas de cobre, para presentar al gran cacique Grigotá y sus vasallos con el fin de atraerlos a su devoción, por haber entendido mucho antes la humilde condición de ellos" (Sanabria 1961: 48). Luego de hechas las paces, fue reconocido como vasallo, despojado de todo señorío y mando, así como sus principales que estaban sujetos a él, poniendo cada uno cincuenta mil indios a la obediencia de Guacane (Sanabria, 1961:49), todo para el descubrimiento de los metales, especialmente del oro que se encontraba en el cerro de Caypurum.

El problema es la fuente (Muñoz 2015) y como como indican Meyers y Combès (2011:163), al ser La Relación Cierta de Alcaya la única fuente puntual sobre Samaipata, son importantes las preguntas

sobre sus fechas reales de elaboración (de la primera versión), sus autores y sus fuentes, cambios entre la versión original y la que conocemos, ¿quiénes los hicieron y por qué? La Relación no lleva firma de Diego Felipe de Alcaya, aunque se supone su autoría. Alcaya aclara que lo que él escribe es tomado de otra Relación anterior compuesta por su padre el capitán Martín Sanchez de Alcayaga (Sanabria 1961:37). Así los testigos de esa versión serían de 1636. Sanabria propone 1605 como fecha aproximada de redacción de la Relación (considerando que entre 1607 y 1615 fue Virrey el Marqués de Montes Claros al cual el documento fue enviado en pleno ejercicio). Saignes, sumando 22 años a la expedición de Suárez de Figueroa de 1582, le da una fecha de 1604 (en Meyers y Combès, 2011: 163-164).

Refutando esas fechas, los mismos autores señalan: "Todo indica que el texto que conocemos como Relación Cierta fue redactado en diferentes fechas, y probablemente por diferentes manos (*Ibid*: 164) y, en base al análisis de diversas fuentes, contradicciones y omisiones: estamos aquí frente a textos originales 'arreglados', acomodados o alterados, concluyendo sobre los textos analizados que "la única versión conocida de la Relación Cierta data clara y estrictamente de 1636, más exactamente, entre diciembre de 1635 y marzo de 1636" (*Ibid*: 165).

Tenemos entonces, inconsistencias y distorsiones en la única fuente que conocemos expresamente sobre Samaipata, con una fecha (1635-1636) demasiado tardía para no tomar con mucho cuidado lo que allí se establece; esperemos que la versión original pueda en caso de encontrarse algún día, esclarecer el panorama.

Otra de las grandes dudas provenientes de las fuentes etnohistóricas, tienen que ver con la etnicidad de los habitantes de la zona y especialmente de sus gobernantes. En ningún momento Alcaya indica el etnónimo del cacique Grigotá ni de sus pueblos o de sus caciques Goligoli Tendi y Vitupué. Por fuentes tempranas sabemos que había intercambio desde hace siglos con pueblos de las llanuras y a partir de la mina, no queda duda de que Samaipata era una capital de provincia en la época inca, pero entonces, ¿sobre quiénes ejercieron control los incas?

Si bien Samaipata es un lugar de encuentro por excelencia, no fue ajeno a las intenciones hegemónicas, de poder y de ambición del Imperio. No queda duda de que era una capital, con toda la infraestructura imperial, pero ¿cuál sería la reacción de los pobladores locales?

Desde la arqueología, ¿podemos asegurar que el sitio estaba habitado en ese momento?, ¿por quiénes?, ¿cómo los identificamos y sustentamos una relación incas-población local?; la supuesta imposición o violencia simbólica, ¿fue sobre los chané u otros?, ¿se impuso la religión inca?, ¿cómo funcionó y reaccionó la memoria local en ese caso? ¿Qué otras estrategias (además de regalos) utilizaron los incas en las llanuras y con el Gran Grigotá? Se dice que a Grigotá lo hizo vasallo y luego a uno por uno: ¿de quiénes, cómo era antes?, ¿cuál Grigotá?, en la relación conocida, Alcaya menciona que esta denominación era un cargo sucesorio (*Ibid*); aun poniendo en duda lo anterior, queda el problema mencionado de Vitupue (cacique chiriguano) vasallo de un jefe chané. Retomando a D'Altroy (2001: 221), el gusto de los incas para modificar/planear espacios y estructuras es uno de los rasgos más distintivos de su acercamiento al diseño de los estados; en el caso de Samaipata, ¿cómo fue la reorganización del paisaje material, cultural, social y político? y, en todo caso, ¿cómo era antes de la llegada inca?, ¿cuál es el contexto prehispánico regional desde la arqueología?

Por el momento, las investigaciones arqueológicas en Samaipata nos muestran la remodelación del paisaje en el propio sitio, pero no permiten sugerir las relaciones que tuvieron los incas con los pobladores locales. En términos de superposición de ideologías e imposición material, es importante para nosotros mirar la roca (Muñoz 2015). Si consideramos que hubo cooptación de creencias y reemplazo por ideologías imperiales a través de los rasgos inca en la roca, ¿cómo funcionó y reaccionó la memoria local en ese caso? Alcock (2001: 323) destaca la forma de memoria colectiva: qué recordar y celebrar y qué olvidar e indica que estas selecciones son hechas también por todas las personas incorporadas al interior de los sistemas imperiales, pero ¿cómo una sociedad recuerda su pasado, si su presente y su futuro son reformulados o re-constituidos a través de las intervenciones de otros?

Por su parte, tampoco las dataciones radiocarbónicas echan luces sobre ello, veamos: de las seis dataciones obtenidas hasta ahora en Samaipata, tres son calificadas como modernas, todas de ellas de carbón: Gd-6773, Gd-6774, Gd-6769. Una fecha de carbón vegetal de un fogón debajo de una casa

incaica en el Sector 2 (Gd-7237) es 320 +/- 40, con máxima probabilidad entre 1473 y 1644 d.C. (3 sigma, calibrado). La otra fecha (Gd-7240) es del poste de la casa A (incaica) del Sector 2 con 620 +/- 50 años, con máxima probabilidad entre 1283 y 1407 d.C. (3 sigma, calibrado). La tercera datación (Gd-8043) proviene de huesos de jaguar encontrados en un canal que corría por debajo de una de las casas amazónicas; es 650 +/- 60, o sea con máxima probabilidad entre 1266 y 1404 d.C. (3 sigma, calibrado). *Los dos datos difieren en posición inversa*[5], hecho que se deja aquí sin otro comentario hasta tener la lista completa de las dataciones previstas (Meyers 1998: 73); el propio autor resalta la inconsistencia en las fechas de la casa incaica frente a aquellas por debajo de la ocupación inca; se desconoce si se hicieron más fechados, pero en todo caso, éstos no han sido publicados.

Las anteriores preguntas deben llevarnos a profundizar las investigaciones arqueológicas, a reevaluar las fuentes etnohistóricas y a fundamentar y recuperar la originalidad y a los pobladores locales; abajo ponemos en consideración algunas aproximaciones para la reflexión.

¿Qué hacer?

Dada la complejidad que se nos presenta y los problemas resaltados (apenas algunos de los muchos que -solo reflexionando- todavía podemos encontrar), aquí nos centramos en algunas consideraciones que ayuden a precisar más (o lo más posible) nuestro acercamiento a los hechos, bajo el principio de que es fundamental considerar el porcentaje de uso de las fuentes etnohistóricas frente al porcentaje de datos arqueológicos primarios o secundarios.

A nivel de las fuentes:

Kirchhoff (en Alcina 1988) sostiene que la etnohistoria comprende al menos: la historia precolombina; la etnografía del precontacto; el contacto hispano indígena. Pero se necesita estudiar el periodo intermedio, en lo que el autor *llamaría la etnografía del periodo de contacto* y -pensamos nosotros- también la arqueología del periodo de contacto, de las poblaciones locales con lo inca. En este contexto, es muy importante tomar en cuenta no sólo las rupturas, sino más bien las continuidades que puedan encontrarse. Metodológicamente, para Alcina (1988) es importante la paleodemografía, para acercarnos a los patrones de asentamiento, a las relaciones con el medio ambiente y estructuras políticas, ideológicas. Sugiere también recurrir a los estudios de antropología política, especialmente a lo que llamamos jefaturas o señoríos (por la escasez de tales organizaciones contemporáneamente). ¿Cuántos hacemos estudios de paleodemografía?

En otro sentido, debemos analizar nosotros (el lector), las propuestas que hacen nuestros colegas arqueólogos, que vienen desde la etnohistoria, es decir de las fuentes escritas, así como se realiza cualquier análisis de texto normal, poder analizar, ver cómo lo proponen, si se evitan los sesgos de la etnohistoria.

Normalmente el etnohistoriador ya ofrece un acercamiento e interpretación de las fuentes primarias, por lo que en lo posible, los arqueólogos debemos separar la postinterpretación de lo que dice la fuente o ir directamente a la fuente original; muchas veces esto no es posible, debido a la necesidad de conocimiento de paleografía, por lo que puede ser mejor tomar textual la cita que el investigador puso del legajo original.

Y saber para qué zona lo hace, puesto que a veces decimos las fuentes dicen tal o cual cosa y estamos hablando de fuentes para México, generalizando a los cronistas y extrapolando sus apreciaciones a nuestra zona de estudio. Entonces saber qué define la zona o si es algo subjetivo lo que permite relacionar las fuentes.

No se pretende un análisis de texto literario, que implica muchísimos elementos, entre otros: lo que quiere decir el autor y los métodos que usa: el qué (temas, críticas, etc.); el cómo (con qué herramientas, la estructura, tipo de texto, si utiliza figuras retóricas, etc.) o a quién se dirige. Sin embargo, de este tipo de análisis -aunque varios de estos elementos nos haría muy bien considerarlos-, lo más importante a retomar es situar el texto en tiempo y espacio, el autor y especialmente en el contexto histórico.

[5] El subrayado es mío.

Importante es también evaluar, ver, la veracidad histórica (si es creíble), puesto que algunos cronistas han escrito a partir de otras crónicas ya escritas, esto no le quita completamente la validez, pero se debería corroborar la propia fuente y la variabilidad en las fuentes (razones lingüísticas y razones ortográficas) y razones culturales decimos también, puesto que con un mismo término podemos estar refiriéndonos a distinta cosa.

La lengua que usa el autor, que es cambiante en el tiempo, ver de qué época. Varían los modos de escribir del ejército, de la iglesia, de la administración pública, etc. Por ejemplo, cuando hablamos de las "casas" visitadas (en las Visitas, valga la redundancia), ¿los visitadores tenían en mente la casa española? Al analizar la Visita de Pocona para ayudar a calcular la cantidad de población de la época, Mercedes del Río, Raimund Schramm y nosotros, llegamos a muy diferentes resultados, por cómo informan los visitadores de las mujeres, los hijos, los ausentes, etc.

Asimismo, debemos tener cuidado en los términos que figuran en las fuentes, por ejemplo, ¿Incallajta es la "Fortaleza" a la que se refieren las fuentes? Creemos que sí, no tenemos ninguna fuente expresa para Incallajta, pero lo hacemos por entender que Sarmiento de Gamboa seguramente tenía en mente las troneras de los castillos medievales, cuando veía la muralla periférica de Incallajta, que presenta ventanas diagonales a manera de troneras (y posiblemente con la misma función), aunque por las investigaciones sabemos que el sitio va mucho más allá de ser una fortaleza.

Considerar que diversos investigadores podrían también estar tratando el mismo problema en distinto tiempo (debería primar la comunicación). Una fuente "mana" en nuestro caso, datos, el problema es beber (qué beber) de ella, sin olvidar que es el historiador el que la convierte en fuente mediante su interpretación (y del problema que quiera encarar, adecuando por lo tanto la fuente al problema).

Las fuentes primarias pueden ser falsas, con contenido falso o verídico. Pueden también ser genuinas, con contenido falso o verídico. Incluso las genuinas pueden tener contenido falso de parte de quien recibió la información y contenido falso de quien les proporcionó la información y así, en un proceso iterativo que podría no tener fin. José Luis Rojas (2008) en un seminario sobre fuentes en Madrid, cita a Gonzáles (1988):

> Lo cierto es que la idea de autenticidad es cambiante según el uso que se haga de la fuente, según para lo que sirva. Me encontré en el archivo municipal una merced de tierras dada en 1531 por el Virrey Antonio de Mendoza a un pueblo de la ribera sur del lago de Chapala. Para quien investigue el origen de las tierras comunales de Cojumatlán ese documento no es auténtico, pero para quien quiera saber cómo el pueblecito trató de defender sus tierras de la expansión de la hacienda de Guaracha en el siglo XIX, es una fuente auténtica.

Tomar en cuenta el tipo de funcionario que escribe es imprescindible, puede tratarse de conocedores de la administración española que simplemente extrapolaban las estructuras a sus relatos sobre el Nuevo Mundo.

Un caso típico nos presenta Espejel (2008), en referencia a que el Virrey de la Nueva España, don Antonio de Mendoza, en 1539 pidió a un fraile franciscano que averiguara cómo se gobernaban los indios de Michoacán antes de la conquista española. Con información de los indígenas ancianos, éste escribió la Relación de Michoacán; sin embargo la autora con la ayuda de las Siete Partidas de Alfonso X, (inicialmente llamadas El Libro de Leyes que son un verdadero código legal, el más amplio y de mayor vigencia en Hispanoamérica), devela cómo el franciscano armó un cuadro de la sociedad indígena sospechosamente similar al de una monarquía europea, reordenando la autora las piezas, vía la separación de las voces del fraile y de los ancianos.

Otro de los caminos que se nos presenta y siguiendo a Weston (2010), es observar en las fuentes si existen un conjunto de razones o de pruebas en apoyo de una conclusión. Un argumento es un medio para indagar, argumentar es importante porque al tener una conclusión bien sustentada en razones, la explicamos y defendemos mediante argumentos, no como reiteración de conclusiones, sino con razones y pruebas de manera que otros puedan formarse sus propias opiniones por sí mismos. Pero ¿están bien informadas las fuentes?, tienen que ser cualificadas para hacer las afirmaciones que realizan, ¿tienen la formación e información apropiadas? ¿Son imparciales?

Podríamos seguir en este sentido, preguntándonos si nuestras fuentes tienen también argumentos acerca de las causas y explicaciones de cómo el argumento conduce la causa al efecto y entonces verificar si la conclusión propone la causa más probable? Saber si tienen argumentos deductivos formulados correctamente o válidos, de forma tal que si sus premisas son ciertas, la conclusión también tiene que ser cierta, etc., pero no vamos a ahondar en eso en este trabajo.

A nivel de la arqueología

Se debe evitar la posible extrapolación que en muchos casos sugieren saltos metodológicos inaceptables hacia sitios, objetos y contextos arqueológicos de periodos tan antiguos como el denominado Formativo (al menos 4 mil años atrás), o del Horizonte Medio, sin que ello signifique que extrapolar al Intermedio Tardío o Inca esté justificado. Esto no implica una mera crítica a lo que se escribe o a quien lo escribe, sino una advertencia a la posibilidad de considerar que todas las sociedades son iguales y lo que es más grave, que esas sociedades son estáticas.

Construir indicadores arqueológicos válidos. Algo que es de fundamental necesidad, es construir indicadores de rupturas, transformaciones y, especialmente determinar a través de los materiales las continuidades entre periodos siguiendo lo propuesto por Tapia arriba: qué desaparece y qué permanece con ligeros cambios entre cada periodo de contacto en nuestro caso. Ello obviamente sin "incurrir" como ya se mencionó también- en tratar de asimilar que un grupo cerámico es igual a tal o cual grupo humano o etnia. Importante también es ser muy cuidadosos con las conclusiones a las que se llega o al tratar de establecerlas, especialmente a aquellas provenientes de prospección; posiblemente con análisis minuciosos las que provengan de excavaciones tendrán más sustento por la propia naturaleza del registro arqueológico.

Por otra parte, normalmente los arqueólogos no hacemos paleografía, pero sí podemos trabajar conjuntamente con los etnohistoriadores que lo hacen y además están interesados en nuestra zona de estudio; en el caso de Incallajta y Pocona, Mercedes del Río y Raimund Schramm fueron fundamentales. Considerar que más que las crónicas, las "Visitas" (que aunque expresadas mediante conceptos "exteriores", una vez vencido el obstáculo metodológico (Schramm 1991: 2)) pueden ofrecer información más fidedigna sobre el propio pensamiento indígena, así como los pleitos y procesos legales por la posesión de sus tierras. Siempre tomando el cuidado que se debe tener de menciones como referencias "al tiempo de los incas" que podrían estar encubriendo lo pre Tahuantinsuyo.

En el caso del Intermedio Tardío y lo inca, Saignes (1986: 21-44) sugiere un método regresivo para tratar de reconstituir los asentamientos étnicos en el sur andino previo a lo inca; esto nos lleva a considerar otra muy buena posibilidad que son las investigaciones sobre "abandono de sitios" y los niveles de abandono de los sitios arqueológicos, especialmente de aquellos que según nuestra experiencia justamente pueden ser cruciales para entender los contactos entre periodos. Siguiendo a López (2003 y 2012): la pérdida, la ruptura y el abandono de implementos e instalaciones en diferentes localidades, donde los grupos de estructura variable llevaron a cabo diferentes tareas, dejan un registro "fósil" de la operación de una sociedad. Metodológicamente, es importante distinguir lo que ocurrió antes y lo que se plasmó después del abandono, si todo se nos presenta sobre el mismo plano y por lo tanto estratigráficamente contemporáneo. Es muy peligroso presuponer todo como simultáneo al último momento de la ocupación, no olvidar que es el arqueólogo el que crea las asociaciones temporal, funcional, simbólica, etc.

Es muy importante especializarnos en una zona; sabemos que muchos de los materiales se quedan guardados y que muchas veces no se analiza el universo de la información obtenida, aunque debiera ser un imperativo. En ese sentido, debemos ver si los arqueólogos realizan análisis detallados desde el trabajo de campo arqueológico, especialmente del contexto, si los presentan sin sesgo (o con cuánto sesgo), cómo argumentan y lo sustentan y evaluar su validez o distancia de posibles hechos objetivos o datos objetivos con los que contamos. Los datos arqueológicos son representaciones. Sobre la base de la conciencia que de ellos tiene, el arqueólogo toma conciencia de los restos culturales representados por los datos (Embree en López 2012). Podríamos seguir con esto (la complejidad del registro, la percepción del investigador, qué es la interpretación, etc.), pero no

es tema del presente trabajo. Todos tratamos y tenemos que ver también con la interpretación, revelando que la naturaleza del dato arqueológico somos nosotros, los que lo construimos, con todo nuestro bagaje y desde nuestras propias perspectivas (normalmente occidentales), nuestra historia pasada, en ella, cuanto más cerca estamos al momento de la colonia (y los periodos de contacto intermedio tardío-inca e inca-colonial), hacemos más acopio de las fuentes para la interpretación de nuestros datos arqueológicos.

Desde los años sesenta, en que el principal cambio derivado de la perspectiva sistémica del contexto arqueológico tuvo que ver con dejar atrás las investigaciones que se iniciaban a escala de sitio y las observaciones estratigráficas de tipo vertical, para hacer énfasis en las distribuciones horizontales de los artefactos, sitios e instalaciones y a un nivel regional (en relación al entorno ecológico), se llevó a tomar en cuenta que los sitios muestran variaciones en su contexto deposicional pero sobre todo por las actividades que son llevadas a cabo en su interior incluyendo las transformaciones que se dan en el propio contexto, el abandono y los procesos de formación del contexto posterior que modifican las distribuciones espaciales de los artefactos. Asimismo, desde lo propuesto por Barker (1982) (secciones acumulativas, términos *ante quem* y *post quem*) que abrió paso al problema del fechamiento y a un cierto principio de incertidumbre, que a principios de los 90 fue complementado con Harris (1991), quien planteó que el hombre produjo una revolución en los procesos de estratificación, alterando la estratigrafía natural y planteó la estratigrafía arqueológica (incluyendo *interfacies* diversas), no se ha reformulado más la metodología, siguiéndose la rutina cognitiva de prospección, excavación, análisis, etc.

Importantes son las controversias surgidas especialmente a partir de Ian Hodder, quien llamó la atención sobre que la cultura material estaba constituida de manera significativa y el hecho de que se debe tomar en cuenta la dimensión simbólica de las sociedades:

> Si la cultura material, toda ella, tiene una dimensión simbólica tal que afecta a la relación entre una comunidad humana y las cosas, entonces toda la arqueología, económica y social está afectada (Hodder 1988: 16).

Si bien actualmente la arqueometría nos ofrece tecnología de punta y diversos análisis que han llegado a niveles insospechados para contrastar hipótesis con información independiente y que los arqueólogos estamos cada vez más obligados a considerarlos en nuestras investigaciones, para lo social/cultural/ritual y una vez insertada la dimensión simbólica el asunto se complejizó aún más en términos de encontrar los indicadores arqueológicos válidos de esta dimensión simbólica objetivada en la cultura material; las partes tercera y cuarta de este libro nos muestran muchos de estos esfuerzos y a este punto indudablemente tenemos que reconocer que debemos recurrir no solo a las fuentes, sino a toda la antropología.

Con estas consideraciones y si tomáramos en cuenta al menos algunos de estos aspectos, podríamos acercarnos desde la arqueología a saber algo del Intermedio Tardío. Ya vimos el caso de Pocona, aquí cabe preguntarse: de la lista de grupos que mencionan las fuentes, ¿conocemos su cultura material?, ¿estamos seguros de su adscripción?, ¿podemos identificarlos en el registro arqueológico? La experiencia en el valle central de Cochabamba nos indica que no; el Repartimiento de Tierras de Huayna Capac y otros documentos nos muestran un panorama muy complejo, en el cual varios grupos son citados compartiendo una chacra. Y aún comparando la cerámica por ejemplo con sus lugares de origen, ¿podríamos hablar de una "ocupación" de éstos en el verdadero sentido de la palabra? o ¿sería de una presencia (transportada) sin mayor incidencia del grupo en sí, sino más bien bajo la sombra inca? ¿Cómo separarlos entre sí y de lo inca?, ¿cuáles rasgos o fases muestran continuidades?

Podríamos también mejorar nuestra comprensión del curacazgo, el rol de este personaje antes del Imperio -si es que existía-, ¿cuál era o cómo se denominaba?, ¿tuvo cambios? Si la presencia de estos grupos en los valles es debida únicamente a la intervención inca o es anterior a ella, es algo que podrá detectarse posiblemente por medio de futuros estudios arqueológicos contrastados con datos etnohistóricos. La presencia fuerte de los incas en la zona, parecería una irrupción sin resistencia o contrapropuestas de parte de los habitantes de la zona, o en todo caso una actitud pasiva, las investigaciones por el momento apuntan a una "negociación".

Los datos arqueológicos para Pocona, a través de las Matrix de Harris para las excavaciones, dan cuenta de que ninguno de los sitios incas (excavados) se erigió sobre asentamientos previos, pero ¿cuánto se sabe de éstos? desconocemos si eran los curacas de la zona exactamente quienes ocupaban los sitios del periodo Intermedio Tardío, aunque de alguna forma asumimos que así fue al menos en el caso de Xaraxuri. Sólo podemos decir que no están bajo los asentamientos incas; de allí que hasta que no se investiguen, quedamos en sugerencias que pueden ser desbaratadas con cierta facilidad.

A manera de cierre

A través del texto y de los casos de Incallajta y Samaipata, hemos visto cómo un primer acercamiento desde la etnohistoria y la arqueología configuran una imagen simple de los hechos pasados, que parece incuestionable. Sin embargo, sin la necesaria reflexión, no es posible escudriñar la complejidad existente detrás de las realidades asumidas y de nuestro propio proceso investigativo, que nos permita un mejor y más confiable acercamiento a su estudio y una mirada autocrítica.

Para nosotros fue importante comprender por ejemplo, que no es lo mismo tratar con temas de un imperio o estado en expansión en su lugar de formación, que aplicar categorías analíticas y modelos a los confines del mismo, donde son importantes los "extraños" (la otredad, los locales), sobre los que en este caso se hace más arduo, dado que apenas se inician los estudios y los datos con los que se cuentan provienen más bien de las fuentes etnohistóricas.

Reflexionar sobre lo anterior originó una serie de interrogantes e incertidumbre en cuanto a la escala a la cual aplicar modelos, análisis, categorías y enfoques y en cuanto a la interpretación, interpelación y utilización de las fuentes etnohistóricas; sin olvidar el importante detalle de que a la vez nuestras zonas de estudio eran territorio de la población habitante previa, sujeta a un curaca o "señor" local. Así, en las fuentes etnohistóricas, las voces *émic*, ¿son de los Incas soberanos, o de otro rango?, ¿de *mitimaes* transportados?, ¿de señores locales elevados de rango, pero antiguos soberanos?, ¿del común de la gente?, etc. Todo ello nos ha llevado a reconsiderar a las sociedades preexistentes en la zona y a observar los datos y las fuentes con más cuidado.

En general, al no contar con estudios exhaustivos de los periodos de contacto y menos de aquellos de pre-contacto de grupos con sociedades coetáneas o posteriores, es importante cuestionarnos -en nuestro caso puntual- cuál es una buena muestra para aceptar como válida una extrapolación de las fuentes a los datos arqueológicos, aunque por el momento -al no contar con excavaciones en los sitios del Intermedio Tardío previo a lo inca en Pocona y de los alrededores en Samaipata-, nos vimos obligados a retomarlas.

En el desarrollo del trabajo, fuimos contrapunteando entre la arqueología y la etnohistoria, las bondades y desventajas en su colaboración, viendo lo necesario del uso de fuentes especialmente allí donde los datos del registro arqueológico nos remiten a una dimensión simbólica, ideológica, de relaciones, etc. que de otra manera serían imposibles de dilucidar; Waldemar Espinoza en el Capítulo 10 de este libro, nos muestra una cantidad de información que solo gracias a los estudios etnohistóricos podemos conocer.

Sin embargo, el hecho de recurrir a las fuentes para los periodos Intermedio Tardío e Inca, aún con los cuidados que tengamos, no justifica su sobreutilización, menos todavía para periodos más tempranos para los cuales los arqueólogos primero debemos trabajar como si no existieran las fuentes, recurriendo cada vez más a los avances tecnológicos y a todo tipo de análisis arqueométricos que nos permitan ciertas afirmaciones provenientes de información independiente y luego acudir a todo nuestro bagaje antropológico para complementar su interpretación. En cualquier caso, debemos perseguir el necesario equilibrio.

En ese sentido, si bien no nos situamos al extremo de Franklin Pease (1995) de un cuestionamiento prácticamente total a la veracidad de las fuentes y de los cronistas, de alguna manera sí nos acercamos -aunque no necesariamente como posmodernidad- a Villarías (2008) en el sentido de que hay unas fuentes más confiables que otras y temas que solo pueden deducirse de las fuentes. Nosotros creemos en cuestiones metodológicas tanto para el tratamiento de las fuentes (análisis de texto, autor

y contexto, etc.), como de los datos arqueológicos (análisis minuciosos, abandono de sitios, etc.) y en pasos concretos y rigurosos para la argumentación especialmente cuando la explicación arqueológica tiene fuerte componente de base en fuentes etnohistóricas.

Entonces es bueno preguntarse ¿cuál es una buena muestra para aceptar como válida una extrapolación de las fuentes a nuestros datos arqueológicos? ¿Cómo determinar qué temas y con qué muestra se pueden presentar? (o ¿cuál es la muestra representativa?). No se trata de recetas, se trata de reflexionar y simplemente de distinguir entre un uso y un abuso, pero, como dirían algunos colegas mexicanos ¿qué tanto es tantito?

Bibliografía

ALCINA FRANCH José
1988 "Historia, Antropología, Etnohistoria", *Boletín Institución Libre de Enseñanza* Número 5, Madrid.

ALCOCK Susan
2001 "The reconfiguration of memory in the eastern Roman empire", en Alcock Susan, Terence D'Altroy *et al*. (eds.): *Empires. Perspectives from Archaeology and History*. Cambridge: Cambridge University Press: 323-350.

ALCONINI Sonia
2010 "Yampara Households and Communal Evolution in the Southeastern Inka Peripheries, Bolivia", en Malpass Michael y Sonia Alconini (eds.): *Distant Provinces in the Inka Empire*. Iowa City: University of Iowa Press: 75-107.

BARKER Philip
1982 Techniques of Archaeological Excavation. Londres: Routledge.

COBO Bernabé
1956 *Historia del Nuevo Mundo. Tomo III*. Cusco: Publicaciones Pardo Galimberti.

D'ALTROY Terence
2001 "Politics, resources, and blood in the Inka empire", en Alcock Susan, Terence D'Altroy *et al*. (eds.): *Empires. Perspectives from Archaeology and History*. Cambridge: Cambridge University Press: 201-226.

DEL RÍO Mercedes
2004 *Reflexiones sobre el Umasuyu: Pocona y Totora en el siglo XVI*. Ponencia presentada en el Seminario Taller: Incallajta Despertar al Mundo. Cochabamba: ASDI-SAREC-UMSS.
2011 "Caciques, territorios y multietnicidad en la frontera oriental: Pocona y Totora en el siglo XVI", *Arqueoantropológicas*, Año 1, No. 1, Instituto de Investigaciones Antropológicas y Museo Arqueológico Universidad Mayor de San Simón, Cochabamba.

ESPEJEL Claudia
2008 *La Justicia y el Fuego. Dos claves para leer la Relación de Michoacán* Tomo I. México: El Colegio de México.

ESPINOZA Waldemar
1969 El Memorial de Charcas. Crónica inédita de 1582, *Revista de la Universidad Nacional de Educación*, Lima.

GISBERT Teresa
1988 *Historia de la Vivienda y los Asentamientos Humanos en Bolivia*. La Paz: Academia Nacional de Ciencias.

HARRIS Edward
1991 *Principios de estratigrafía arqueológica*. Editorial Crítica, Barcelona.

HODDER Ian
1988 *Interpretación en Arqueología. Corrientes actuales*. Editorial Crítica, Barcelona.

HYSLOP John
1990 *Inka Settlement Planning*. Austin: University of Texas Press.

LÓPEZ Fernando
2003 "Los procesos de abandono. Lo blanco y negro de la interpretación arqueológica", *Trace* No. 43. México.
2012 "Arqueología y complejidad. Sobre la naturaleza del dato arqueológico", en Cervantes Mayán (coord.): *17 temas de la antropología mexicana*. México: Academia Mexicana de Ciencias Antropológicas.
MATOS Ramiro
1994 *Pumpu, Centro Administrativo Inka de la Puna de Junín*. Lima: Editorial Horizonte.
MERUVIA Fanor
2000 *Historia de la Coca. Los Yungas de Pocona y Totora (1550-1900)*. La Paz: Plural Editores.
MEYERS Albert
1998 "Las Campañas Arqueológicas en Samaipata, 1994-1996. Segundo informe de trabajo", *Separata Boletín SIARB* 12: 59-86.
MEYERS Albert e Isabelle Combès
2011 "La Relación Cierta de Alcaya(ga)", en Isabelle Combès y Vera Tyuleneva (eds.*): Paititi. Ensayos y Documentos*. Cochabamba: Itinerarios Editorial: 158-171.
MILLONES Luis
1987 *Historia y Poder en los Andes Centrales*. Madrid: Alianza Editorial.
MUÑOZ María de los Angeles
1993 *El Intermedio Tardío en Cochabamba: Arqueología y Etnohistoria*. Tesis de Licenciatura, México: ENAH.
2007 "The Kallanka at Samaipata, Bolivia: An Example of Inka Monumental Architecture", en Richard Burger, Craig Morris y Ramiro Matos: *Variations in the Expression of Inka Power*. Washington D.C.: Dumbarton Oaks Research Library and Collection: 255-265.
2012 *Representaciones del poder político y administrativo inca en el Collasuyo, a través de un sitio monumental: Incallajta*. Tesis doctoral. México: UNAM.
2015 "Una mirada a Samaipata a través de su kallanka, símbolo de la arquitectura de poder inca", en Albert Meyers e Isabelle Combes (comps.): *El Fuerte de Samaipata. Estudios Arqueológicos*. Albert Meyers e Isabelle Combes (comp.). Santa Cruz de la Sierra: Biblioteca del Museo de Historia No. 1./UAGRM: 133-150.
MURRA John
1972 *El 'Control Vertical' de un máximo de pisos ecológicos en la economía de las sociedades andinas. Visita a la Provincia de León de Huánuco*, Tomo II. Perú: Universidad de Valdizan.
NORDENSKIÖLD Erland
1957 "Incallajta, Ciudad fortificada fundada por el Inca Tupac Yupanqui", *Khana. Revista Municipal de Arte y Letras* Año IV, Vol. IV, 21-22.
PEASE Franklin
1995 *Las crónicas y los Andes*. Lima: Fondo de Cultura Económica.
RAFFINO Rodolfo
2004 *El Shincal de Quimivil*. Catamarca: Editorial Sarquis.
RAMÍREZ María
1970 "Visita a Pocona 1557", *Historia y Cultura*. Museo Nacional de Historia, 4.
RAMÍREZ Susan
1987 "El 'Dueño de Indios'. Reflexiones sobre las consecuencias de cambios en las bases de poder del 'Curaca de los Viejos Antiguos' bajo los españoles en el Perú del Siglo XVI", *Revista Latinoamericana de Historia Económica y Social* No. 10.
RIVERA Claudia
2010 "Forms of Imperial Control and the Negotiation of Local Autonomy in the Cinti Valley of Bolivia", en Malpass Michael y Sonia Alconini (eds.): *Distant Provinces in the Inka Empire*. Iowa City: University of Iowa Press: 151-172.

ROJAS José Luis de
2008 *La Etnohistoria de América: Los indígenas, protagonistas de su historia*. Buenos Aires: SB Editores.
ROWE John
1985 "Probanza de los incas nietos de conquistadores", *Histórica* 9 (2): 193-245.
SANABRIA Hernando
1961 "Diego Felipe de Alcaya", en *Cronistas Cruceños del Alto Perú Virreinal*. Santa Cruz de la Sierra: Publicaciones de la Universidad Gabriel René Moreno: 37-86.
SAIGNES Thierry
1986 "En busca del poblamiento étnico de los Andes bolivianos (Siglos XV y XVI)". *Avances de Investigación* No. 3. La Paz: MUSEF.
SCHRAMM Raimund
1991 *Mojones, fronteras y territorialidad. Repartición étnica y política colonizadora/colonialista en los valles de Ayopaya y Mizque*. Ponencia presentada al II Congreso Internacional de Etnohistoria, Coroico, La Paz.
2012 *Pocona y Mizque. Transformación de una sociedad indígena en el Perú colonial (Charcas)*. La Paz: Plural Editores.
SCHREIBER Katharina
1992 "Wari Imperialism in Middle Horizon Peru", *Anthropological Papers* No. 87. Michigan: Museum of Anthropology, University of Michigan.
2001 "The Wari empire of Middle Horizon Peru: the epistemological challenge of documenting and empire without documentary evidence", en Alcock Susan, Terence D'Altroy *et al*. (eds.): *Empires. Perspectives from Archaeology and History*. Cambridge: Cambridge University Press: 70-92.
STEHBERG Rubén
1995 *Instalaciones Incaicas en el Norte y Centro Semiárido de Chile*. Santiago: Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos/Centro de Investigaciones Diego Barros Arana.
TAPIA Luis
2014 *Dialéctica del colonialismo interno*. La Paz: Editorial Autodeterminación.
TRIGGER Bruce
1982 "La Arqueología como ciencia histórica", *Teorías, métodos y técnicas en Arqueología. Reimpresiones del Boletín de Antropología Americana*. México: IPGH: 231-265.
VAN BUREN Mary y Ana María Presta
2010 "The Organization of Inka Silver Production in Porco, Bolivia", en Malpass Michael y Sonia Alconini (eds.): *Distant Provinces in the Inka Empire*. Iowa City: University of Iowa Press: 173-192.
VILLARÍAS-ROBLES Juan José
2008 "La antropología posmoderna: Una reflexión desde la etnohistoria peruanista, *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares* 63 (1): 37-74.
WESTON Anthony
2010 "Las claves de la argumentación". España: Editorial Ariel.
ZECENARRO Germán
2001 *Arquitectura Arqueológica en la Quebrada de Thanpumach'ay*. Cuzco: Municipalidad del Cuzco.